

Sixto C. Martellá

La casa nueva de la justicia

(Utopías)

Al amigo Dr. Lorenzo Amaya

.... Y la belleza de las cosas sociales. ¿qué es?—La Justicia.—Eugenio D'Ors.



NO sé si las recordaré a todas, pero estas son las proposiciones que un extraño arquitecto me confió una noche en la media muerte de mi sueño, y que esperaba poder levantar un día la Casa Nueva de la Justicia, conforme a los planos y exaltación de su pensamiento.

—«Hay que edificar de manera nueva la Casa de la Justicia.

«Para edificarla vendrán los humildes con su fe, los buenos y los menos buenos, los pícaros y los cobardes, los tímidos y los violentos, los audaces y los menguados, los ambiciosos y los fuertes, los encumbrados y los ruines, los puros y los culpables, los envidiosos y los justos. Todos la edificarán férvidamente, todos le pondrán su hombro esperanzado.

«¿Y quién duda que se levantará con dolor la Casa Nueva de la Justicia?

«Elegidos seran los materiales a fin de que el edificio tenga pesadez mínima pero también firmeza, esbeltez y majestad, fuerza y belleza compartidas. Su esqueleto metálico será casi pensamiento y sus paredes como de cristal vibrante, para que no guarden secretos afrentosos.

«Toda ella tendrá cuerpo decidido, estructura de templo antes que de institución burócrata; promoverá más bien decorosa y recogida emoción en el ánimo de las gentes que apocamiento, menoscabo o miedo servil. Limpia y alegre y soleada será. Sobre todo soleada: disfrutará así la Justicia de buena salud y el sentido dinámico de su moral sin embozos nacerá longevo y soberano por merced de la sola claridad aséptica.

«A fin de que triunfe el espíritu ascético de su arquitectura en unión evangélica con la sencillez, suprimidas serán las alegóricas estatuas de yeso que la decoraban frívola y enfáticamente. Comenzando con la de la Justicia, representada por una matrona con ancha venda—¿imparcialidad o azar?—sobre sus ojos, una balanza en fiel absoluto sostenida por la mano izquierda y una inflexible filosa espada en la diestra, y terminando con la de la Fuerza que estuvo siempre detrás de la matrona en caballeresca postura de defensa y de tutela, todas sufrirán destierro de la ecuánime Casa Nueva de la Justicia. Así su hermosura se alza

rá derechamente hacia el cielo como un haz sereno de voluntades, de esperanzas y de sueños edificados.

«Las antesalas adonde se va a esperar justicia, en nada parecidas a aquellas otras duras e inhóspitas de antes, serán acogedoras, francas, tónicas y su ambiente, soliviado en luz, anticipa casi respirable la atmósfera próxima de la Justicia, haciendo imposible el escepticismo jurídico en los espíritus.

«Mi humildad y bien enraizada pasión me librarán, estoy seguro, de parecerme a «los arquitectos, por lo menos los de fama, que se quedan en la tarea de primer proyecto y esbozo, sin tocar materialmente las cosas, ni conocer la santa resistencia, las santas dificultades físicas de las cosas» y de la colaboración de los hombres...

«Y como la justicia no costará dinero, no costará tiempo, no costará padecimientos; siendo gratuita como un don, necesaria como un bien, se escribirá apenas lo indispensable, sin retrasos, con lo cual terminarán los quehaceres de las anónimas manos influyentes—amistosas, jerárquicas, adineradas o de parientes—y sus cálculos de premura o lentitud.

«Y como se habrá recreado la fe en la Justicia, porque reedificado fué su sentido esencial en el espíritu humano, simplificada la técnica de su administración, reintegrada a su crédito la dignidad de la palabra oral, los derechos naturales y escritos del hombre no serán ya una dádiva ofrecida por conmiseración del Poder

Público desde su Casa de la Justicia, sino una restitución legítima.

«Y los jueces, investidos de una dignidad nueva muy antigua, no fatigarán ya más sus doctas manos en la rutina de extraer sentencias entre la asfixia sombría de las lívidas montañas de papel, de antes, ni esterilizarán su alma en los extenuadores agobios que les privaron de vivir, de enterarse de otras luces.

«Y como procurar justicia no trae lucros, han disminuído por natural selección los profesionalismos, elevándose los escogidos, por su probada vocación social, a la aspirada categoría de honrosos ministerios. Los abogados disputarán a los jueces una casi aureola de santidad...».

Mi despertador sonó su campanilla, interrumpiendo al extraño arquitecto su desvarío ideal en el preciso instante que su pensamiento hereje planeaba, rectora y audazmente, fuera de la estricta jurisdicción de las leyes matemáticas de su Casa Nueva de la Justicia.